

Alfonso Gamarra Durana:

## Diálogo sin epígrafe ni rúbrica



-No sirven frecuentemente los análisis críticos que se hacen de trabajos literarios de otras personas.

-Tan insulsa es esa tarea como las predicciones que pronuncian los llamados visionarios.

Se abstraen, miran sin ver, con ojos de agua ni siquiera limpia, y dicen que han enfocado un futuro que se les convierte en presente. Vislumbran, sí... pero la cara de tonto que está frente a ellos.

-Yo me refiero a aquel señor que se encuentra contigo y de buenas a primeras te habla de la diferencia de paisajes que hay a ambos lados detrás de la Mona Lisa, y que eso significa la remembranza esotérica del pintor.

-Es para impresionar al interlocutor, apareciendo como versado en pintura, o en algo que acaba de leer en una revista. Y te deja pensando que tal vez esté monologando consigo mismo.

-Es que quien no lo conoce que suponga lo que quiera. Pero si sabes que además escribe columnas gratuitamente en un periódico, le imaginarás que está hablando con su otro yo y toma la pluma con unas manos flácidas para llenar cuartillas...

-¿Y estará en sus cabales? Si se encuentra en un entresueño preparará algunas ideas dignas de enrevesamiento oral, pero lo temble para cualquier persona que escribe en periódicos y revistas, es que la mente con hilos desgastados prepare frases con tantos dobles sentidos, que unas serán sugerencias para las siguientes, y éstas harán celadas a las definiciones de las anteriores, y como resultado...

-Será que lo que ponga en sus párrafos son también galimatías como las que empiezan a germinar.

-Sin embargo, para escribir una crítica, especialmente literaria, debe haber una trabazón de armonía-coordinación-gravedad-penetración-indagación-percepción-ejercicio. Presta atención a cada uno de los sustantivos y verás que es la clave en el manejo de la crónica. Si los periodistas se valieran de ellos, escribirían tan conspicuamente como los peritos del oficio de escribir. A nada conduce poner unas tras otras las palabras que nos salen si no tienen, por ejemplo, concordancia en las ideas o ensamble gramatical de los vocablos.

-La ley esencial del arte de escribir es tener claridad, no es cuestión de ser rápido con el lápiz o con el teclado; si tenemos celeridad a lo que llegamos es a reincidir en el tema, caer en repeticiones, inventar un rosario corrosivo y una viboreante adjetivación. Y hay que tener objetividad, conocer el tema que exponemos, no ir a la deriva, pensando que un ánima oportuna nos entregará una idea. No se puede ir pensando que el pasado es lo eterno y el presente una falacia, es decir, un móvil para disponer azares con inexactitudes, formando sucesos irrealizados, formulando inventos o atisbos de ilusiones.

-Pero, en este punto no me negarás que los poetas se sirven de los oníricos que vienen cargando como un lastre espiritual. Al despertar siguen teniendo la mente en humareda; escriben temblorosos porque no saben si los hechos son reales o palpables o aunque hubiesen ocurrido antes de ayer delante de sus ojos. O acomodan sus figuraciones, dízque construyendo imágenes bellas, pero que es un deslizamiento hacia un centro de falsía, lo intuitivo y claudicante. Pero manteniendo con sus versos en el lector la ansiedad, que es un amago de extravíos presentidos y que provoca extrapolaciones tórnidas pues la emoción sale de las interpretaciones.

Sólo por prestar atención a las desaforadas expresiones del espíritu, tensadas con las palabras, se consigue la volcánica expulsión del sentimiento. Tal como una arenga que se mete oblicuamente en las multitudes para provocar espirales de reacciones.

-Volviendo... Esas espirales de reacciones no pueden ser

provocadas por el periodista porque él está para informar de los acontecimientos. Y si manifiesta sus opiniones al respecto debe hacerlo descubriendo su identidad y firmando lo que expone. Así puede opinar, evitando las intermitencias en la claridad, soltando su inspiración campante pero reteniendo la veracidad. Esta es obligada por la madurez de sus actos y por la consideración a su medio, recordando permanentemente que se puede influir dañosamente en la gente intracultivada. Se puede ser hábil para reprobador o aceptar, con el temple en los propios nervios, si se es honesto e imbuido de certidumbre.

-Pero lo que indigna es la costumbre de no pedir permiso para referirse a una persona, aduciendo que éste es parte de la noticia, y como cosa pública se le puede calificar con cualquier artificio. Ahí es cuando un periodista oral puede hablar con decisión pero con falencias en el conocimiento de los hechos; de tal manera que puede sembrar incertidumbres. Debe ser norma para un locutor firme el no decir cosas huecas y con cualquier pretexto, solaparlas con presunciones y augurios infundados. No debe actuar simplemente por el escorzo irrepresible de decir algo, con la vanidad de pensar que conoce la vida simplemente porque está vivo.

-Se comete delito al levantar falsos testimonios, y no se crea que hay libertad porque las frases salen al éter y se diluyen en el aire. El oído que percibe puede tener una apreciación indeleble e instantánea sobre la persona que lanza epítetos sin basarse en la certeza de la información, la que es calificada inmediatamente de charlatana si no de mentirosa.

-La base del perjurio y de las falsas aseveraciones radica en la ausencia de un cuerpo de investigación o la imperfecta obtención de evidencias.

-Dejemos este aspecto para volver a lo inicial, juzgar por qué la vigencia del crítico. No se supone que el experto en la lectura debe actuar como si la crítica fuese sinónimo de Inquisición cuando, por el contrario, el estudio de las letras publicadas y la participación de sus autores posibilita que los comentarios generales se hagan sinópticos, descubran la orientación, el tema, la forma de los trabajos aparecidos, y advierta la calidad escondida de la obra.

-El verdadero crítico de una obra es indudablemente el lector. Por eso es que en la actualidad se acepta como intervención inalienable en este tipo de censura el interés momentáneo y la labor real del lector; esto significa que el comentarista no sólo diseña su opinión justificada sino que busca la clave de un acercamiento a la atracción del lector por un libro.

-El crítico no pretende corregir al autor. Sólo la soberbia de un impertinente buscaría introducirse en las ideas de aquél que bien o mal ha podido escribir sus párrafos. No entra a conflictuar la inventiva o la exposición de otro individuo, porque ha trazado su línea limitativa en la producción escrita que se ha querido acreditar ante el público; concentra sus observaciones en las cualidades o defectos que puedan encontrarse, pero nunca con un ánimo ególatra de mostrarse pedante para atraer la atención de sus propios lectores.

-Pero, de manera cualquiera, algunas intervenciones están atadas al carro de las posiciones grandilocuentes como neo-estructuralismo, deconstrucción, hermenéutica, semiótica, barroquismo, fenomenología, impresionismo, que son estructuras superfluas de la teoría o para insinuar la presencia de signos ocasionalmente sólo descubiertos por pocos, afianzando a la literatura como un armazón de especulaciones, móviles por la moda.

-Punto de partida y punto final es el lector de un artículo, libro o tratado. Aun cuando consideremos que el motivo de un escrito es el tema que el escritor quiere hacer público, la meta es la lectura por una persona, para que esa producción tenga validez. Porque el creador concibe que el lector participa del suceso literario como un extraño que se aproxima de buena fe movido por varias circunstancias, como ser el deseo de instruirse, la búsqueda de un dato complementario en su aprendizaje, la consecución de conocimientos de un estudio superior, o cualquier otro propósito moral o intelectual.

-Aun cuando el resultado de la lectura es la elaboración evocativa, testimonial o ficticia, el fenómeno decisivo de la lectura es el raciocinio que, a través de los sentidos, acepta el mensaje que propone el conjunto de las letras. El crítico tiene que acomodarse para sopesar no sólo el entendimiento de uno sino de muchos lectores. De tal manera que la crítica parecería una combinación por igual del análisis textual con la investigación empírica.

-Más que nada, la faena del crítico es revelar los contextos de la estética, y, en su momento oportuno, meterse en los espacios prometedores pero no bien explotados del autor, para hacer



resaltar el valor genuino. La analítica será un consenso de debates, aplicando las teorías para explicarse el estilo que hay en esas páginas...

-La textología lleva a entronizar la objetividad en el análisis, liberándose de las vacilaciones del discernimiento, porque es un conductor inflexible de la palabra en su intento de construir realidades. Para completarse debe intervenir el concurso constante de la veracidad del crítico, que tiene que estar seguro de que ésa es su propia y correcta opinión.

-Veo que el censor no debe esperar ditirambos consagrados ni, por el contrario, trabajar movido por sentimientos, no se debe sentir obligado a los elogios bajo ninguna circunstancia; debe encuadrarse en la confección del comentario cabal, sin esconder el encomio de las cualidades descubiertas.

-¿Es ético que calle su juicio de un escrito?

-Indudablemente que hay casos en los que guarda su opinión. Como práctica esencial rechazará una obra electuada con aberraciones de la gramática y con errores de imprenta. La falta de prolijidad en estos aspectos dice del poco respeto que se tiene al lenguaje, y por lo tanto, el resultado literario tiene que desmoronarse definitivamente. No se concibe que cuando se emplee el lenguaje escrito no se cuente con correctores especializados, sin ellos no hay libros ni hay palabra hablada en el uso de libretos para la locución.

-El juicio crítico se ha consagrado como una forma literaria especializada o simplemente una ocupación periodística, y ha ganado un lugar imprescindible en el arte literario. De lo que era antes práctica individual en la apreciación examinadora de un escrito, pasó a las perplejas de encontrar los ingredientes esenciales de toda obra, contando con el aderezo de las glosas del comentarista para oscudar o ensalzar al autor.

En la actualidad es una práctica vocacional que necesita la preparación metódica y escrupulosa de un escritor de oficio que ha embonado su práctica por el quehacer frecuente.

-En conclusión, que una reseña crítica debe ser continente de un dictamen sintético, pergeñado con respeto al creador, proyectado con un trabajo previo de acercamiento a los preparativos de la obra, y con la percepción de los antecedentes e intención del autor, evitando decididamente la comparación con otros trabajos de esa misma naturaleza, porque la atención personal debe desaparecer en beneficio del interés crítico.

-Ortega y Gasset en alguna de sus páginas dejó asentado: "No hallo cuál puede ser la finalidad de la crítica literaria, si no consiste en enseñar a leer los libros adaptando los ojos del lector a la intención del autor". El ejercicio de la opinión especializada se cumple de esta forma, pues la crítica es el sacro deber de orientar a la persona que busca el conocimiento por voluntad propia.

Alfonso Gamarra D. Oruro.  
Académico de la Lengua y la Historia.

